

En la Playa

DESDE NEGROS.

Hace unos días que estoy en estas tierras negrenses, pues me fué imposible resistir a la cariñosa invitación de Isaac e Inés. Como si fuera poco el haberme ellos conseguido estas vacaciones, añadieron la picardía de pagarme el viaje; pues dos días antes de embarcar, recibí un pasaje de primera para el "Vizcaya". Los dos hermanos lo habían arreglado todo desde Iloilo. Que Dios los bendiga por tan inmerecidas atenciones.

Imposible enumerar ni describir las impresiones gratísimas que estoy recibiendo desde que llegué; pero ninguna comparable al franco, intenso y cordial cariño con que me tratan Isaac e Inés, haciéndome revivir y saborear días felices, ya idos, en que mi vida se deslizaba sonriente y venturosa, sin las nubes y tormentas, que después se cernieron, fijas y tenaces, sobre el horizonte de mi existencia.

Abracé a Isaac en Iloilo, donde me esperaba. Al día siguiente, de mañana, salimos para Pulupandan, hablando, durante la corta travesía, de Inés y del alegrón que iba a producirle mi llegada. Al divisarnos, agitaba el pañuelo desde el pantalán, saludando cariñosísima. Llegamos: salté a tierra, y vino hacia mí con la sonrisa en los labios y el gozo en la mirada; pero apenas si pudo hablarme. La emoción humedeció sus ojos y anudó su lengua. La pobre Inés debió recordar, al verme, las escenas de dolor, y los días de luto y de lágrimas, durante los cuales, la acompañé y consolé como pude; cuando hace siete años clavó la orfandad su zarpa en el tierno corazón de la joven, destrozándolo. Desde entonces no nos habíamos visto, y mi presencia despertó tal vez esos recuerdos, a cuya evocación acudieron espontáneas dos lágrimas, que ella se apresuró a enjugar.

La escena duró un momento; pues al instante volvieron sus labios a sonreír, y su rostro apareció bañado de gozo y satisfacción. Nadie había advertido la nube que acababa de sombrear su corazón; porque pasó rápida, como un relámpago.

Marchamos a Bacolod, donde pasamos la tarde. Al declinar el día, salimos en auto para este pueblecito, llegando cuando ya había cerrado la noche.

En la misma puerta, gorra en mano, con sus setenta años encima, y rezumando salud y satisfacción por todos los poros, estaba el famoso y simpático tío Antón, como todos lo llaman; antiguo empleado de la hacienda, que ha prestado sus servicios

a los abuelos y padres de Isaac e Inés. Lleva más de cincuenta años en la casa.

Al apearme del auto, advertí que el francote y buenísimo Antón estaba un tantico indeciso, entre saludarme dándome la mano, o envolverme en un abrazo. Bien pronto salió de su indecisión, cuando abriendo los brazos me dirigí hacia él. Nos abrazamos estrechamente, fuertemente, como dos hermanos.—Así me gusta—decía apretándome—a la pata la llana. Pero, como vienes de Manila, y en las ciudades os saludais con esas pamplinas de dar la mano, y bajar la cabeza, y qué sé yo cuántas cosas, la verdad, no me atrevía... Bueno: bien venido, y hasta después; y ya sabes que el "moreno" está a tu disposición. Puedes montar en él con toda confianza. Es tan manso como siempre. Para pasear no hay otro como él en todo Negros.—Y sin decir más, el buen anciano desapareció.



De los festejos de boda poco he de decir. Isaac e Inés, huérfanos de padre y madre, suprimieron en absoluto toda fiesta profana de músicas, bailes y ruidos. Inés nos dió una sorpresa que constituyó la nota simpática del día. Ocultamente había ordenado preparar una buena y abundante comida para todos los trabajadores de la hacienda. Y mientras comían, ella recorría todos los grupos, acompañada de Clarita, hablando y saludando a aquellos francos y noblotes campesinos,

en cuyo rostro se retrataba el cariño y amor profundo que profesan a Inés. Isaac y Lucio, esposos de ambas jóvenes, contemplaban desde el balcón aquel cuadro de inimitable colorido.

¡Qué gozo sentían aquellos trabajadores, al recibir las sonrisas y dulces palabras de Inés! Cómo querían expresar su gratitud; y a cuántos ví que con sus manos encallecidas se restregaban los ojos, para ocultar una lágrima! ¡Qué sencillas y elocuentes felicitaciones: La enhorabuena, señorita Inés; y que sea por muchos años. Poco valemós pero ya sabe V. que... Ahora, de casada no se vaya V. a otra parte... Dicen que no va a vivir aquí; pero no lo creemos...

¡Oh buena y humilde clase trabajadora! ¡Cuán cierto es que en tu corazón anida como en su trono la gratitud; y cómo sabes demostrarlo con tu conducta y cariño para con los amos, cuando éstos, además del salario que mereces por tu trabajo, te obsequian con el salario de su bondad y de su amor, inmensamente más apreciable que el del dinero!

Así pensaba viendo a Inés entre los hijos del campo, cuando se acerca el Tío Antón, y me dice:

—¿La vé V.? Pues así está siempre: sirviendo y hablando a los trabajadores con un cariño que da gusto oír. Y de limosnas, no digo nada. No puede ver pobres y enfermos; ya está llevándoles de todo. Así es que tiene a todos embobados de cariño. Cuando pasea, toda la chiquillería va tras ella. No sé cómo tiene paciencia. Ella les enseña el catecismo, y a leer, y a escribir, y a sacar cuentas. Con los dulces que les dá, los tiene más contentos que unas pascuas... Pues los trabajadores la adoran. Claro; si es una bendición servir a ese ángel. Algunos vienen un poco torcidos; y a los cuatro días ya los tiene como corderos. Los hace ir a misa, y confesar y hacer todo como buenos cristianos. En fin, la quieren tanto, que peñ que entra aquí, ya no quiere salir. Se dejarían matar por ella. Una vez que estuvo enferma, no se oía una mosca. Todos estaban tristes, y preguntaban por ella con un desconsuelo y aflicción, que daba pena. Una noche estaba grave, y se reúnen todos, y a uno se le ocurre decir: A rezar por la señorita, para que se cure. No quisiera acordarme: lloré como un chiquillo, viéndolos rezar a todos, en ese mismo sitio donde están ahora comiendo. Y ya ves lo que son las cosas; a los pocos días, curada. Debí

ser un milagro, como decía la Tomasa, que es una mujer de noventa años, y entiendo mucho de rezos y novenas.

—¡Y bien, Antón: ¿desde cuándo es Inés así?

—Desde siempre. Pero sobre todo, estos seis años atrás en que Isaac... ¡Pobre Inés, cuánto sufrió! Y es que

su hermano... Bueno; Isaac es mi amo, y no quiero hablar. Yá sabes, los amigos, la juventud... Bien, a lo pasado, adiós. Ahora es todo un hombre. Da gusto verlo cuidar de la hacienda... Desde que vino de Manila, no parece el mismo. Si yá decía yo: no puede menos de entrar en el surco,

teniendo la hermana que tiene. Así ha salido.

En este momento llama Inés al tío Antón, y éste acude lleno de alegría.

—Ya continuaremos, me dice, pues tengo que contarte muchas cosas de Inés.

EL SOLITARIO.

El Milagro del Convento

UN NUEVO FALANSTERIO

¡Quién supiera escribir! Tal es el título que a una de sus muchas poesías bellísimas diera Campoamor, y tal es lo que piensa este humilde cronista en aquestos momentos de parto intelectual. ¡Quién supiera escribir cosas bonitas y llenas de ternuras y dulcedumbres, como las que escriben mis buenos amigos el Solitario y el Peregrino! Quien pudiera como ellos soñar en nubes arreboladas por el sol poniente, en claveles reventonas, en olas juguetonas junto a las cuales pasea hermosa y casta doncella que como aquella del poeta

Junto a la mar se ponía
y con las olas jugaba
y al verlas llegar huía
pero a veces no podía
y el blanco pie se mojaba.

Pero no nació poeta y "quod natura non dat Salmantica non prestat", según reza el antiguo refrán de los estudiantes españoles de latinidad.

Y siento tanto más esa deficiencia cuanto que me hace mucha falta para con mis lirismos placidos y serenos cantar las hermosuras del convento y de la vida recogida y útil que para sí mismos y para sus semejantes llevan esos hombres encerrados y que de por vida se consagran al pulimento espiritual de sus almas y al perfeccionamiento de sus prójimos.

Quién supiera escribir para contar al mundo y decirle lo que pasa dentro de esos recintos que por defuera parecen tan sombríos y tristes por los anchos y robustos muros que forman sus paredes, y que por dentro son paraísos de luz en donde brilla con fulgores de gloria la dicha, la paz y la calma. Quién supiera escribir para cantar en tiernas endechas los sacrificios que cada día se llevan acabo dentro de esos recintos donde se congregan hombres jóvenes y hombres viejos; mozos en la pri-

mavera de la vida, viejos en el ocaso de la misma y hombres sanos y robustos en el pleno ejercicio de sus facultades físicas y mentales; sabios encanecidos sobre los libros y niños que comienzan a dar los primeros pasos por los caminos difíciles y asperos de la ciencia; hombres cansados de mandar y que obedecen hoy con humildad encantadora y silenciosa a los mismos que fueron ayer sus subditos y a los que en los caminos de la virtud ellos instruyeron. ¿No es todo ello maravilloso, sorprendentemente maravilloso? Dónde jamás se vio cosa semejante?

La paz de la vida del convento ha llegado a traslucirse por defuera y la misma impiedad ha pretendido en diversas ocasiones copiarla, poniendo todas sus energías en fundar conventos, estilo de los fundados por los santos. Pero siempre han fallado y en ese fallo es en donde GOMEZ CARRILLO, el DESCREIDO Y MATERIALISTA Y ANTIFRAILE Gomez Carrillo, el cronista parisién ENCUESTRA EL MILAGRO.

Bajo el título de "UN FALANSTERIO LITERARIO" ha publicado Gomez Carrillo en el número correspondiente al 19 de Julio del periódico madrileño A. B. C. lo que pudiéramos llamar HISTORIA DE UN CONVENTO LAICO; uno de tantos ensayos como han hecho hombres alocados de copiar en materialista lo que solo la virtud de Dios puede realizar en Cristiano. Por muchas vueltas que se de a este asunto de los conventos y por más que se trate de desfigurar los hechos siempre nos encontramos con que solo la virtud de lo alto puede dar alientos suficientes a cientos y miles de hombres para vivir en soledad y obediencia, sometidos al yugo del trabajo y de la disciplina, obedeciendo a los setenta años a jóvenes de treinta siendo hoy sub-

dito el que fuera ayer presidente.

En la Historia de que venimos hablando nos cuenta Gómez Carrillo cómo hace quince años toda la prensa europea se vió por algunos días abarrotada de artículos, sueltos y noticias sobre la FUNDACION DE UN CONVENTO LAICO, que dió en llamarse, o por mejor expresarnos, ser llamado el RETIRO DE LOS CENOBITAS DE CRETEIL.

Ya tenemos al laicismo anticristiano, el nuevo paganismo literario, que tanto ha escrito y escribe aun hoy contra los conventos de monjas y frailes y que no ha dejado mote y nombre degradante del diccionario que no haya aplicado a los que de por vida se consagran al servicio de Dios viviendo en comunidad, queriendo imitar al catolicismo, teniendo él también sus conventos. ¡Cualquier día nos salen los periódicos diciendo que Aglipay e Isabelo, en compañía de Lope K. y Sotto han establecido un cenovio en Tondo o en cualquier otro de los barrios bajos de Manila!

Y no hay porque dudar sino que en la tentativa llevada a cabo por los literatos parisinos se trataba de un verdadero convento. Oiga el lector como se expresa Gomez Carrillo sobre este particular: "No ha duda de que el proyecto, tal cual sus iniciadores lo exponían en su programa, mezclando en sus cánones los ensueños de Tolstoy, con los principios de Karl Marx y la disciplina de los conventos benedictinos con el libre espíritu de las cofradías medioevales".

¿De una mezcolanza semejante qué había de salir? Lo sorprendente es que tales tentativas se realicen en pleno siglo XX en que tanto se habla y escribe contra las órdenes religiosas. ¡Ahí es nada una religión cuyo padre y fundador sea el famoso conde ruso, que digan lo